

Muestrario

(2004-2016)

William Guillén Padilla



Sumeria

Muestrario

(2004-2016)

William Guillén Padilla

Sumeria

© Textos del autor publicados por *Amazon.com*, 2016-2017

© Fotografía carátula y diseño: Kokín Guillén

Fotografía del autor: familia Guillén Padilla

MINIFICCIÓN

LOS ESCRITOS DEL OIDOR

Sara

—Sara es mi corazón andante: faro, montaña, estrella, camino. Sara es mi alma en paz conmigo. Sara es Sara: amanecer, puente, puerta... Eso ni el comienzo es, pues Sara es Sara: mi hija pequeñita que rompe en llanto entre mis brazos cuando le digo que su papá falleció en la guerra. ¡Oh, padre, deme una penitencia para ser perdonada por semejante mentira!

—¿Tienes algo más que decir en esta confesión, hija mía?

—Sí, padre, realmente por lo que vine: Sara es... hija suya.

El confesor mira sin asombro a Patricia, quien presurosa se incorpora y atraviesa el templo para alcanzar la calle donde la espera Sara.

“Esto será un secreto más para sufrir”, piensa el viejo cura, buscando en su prodigiosa memoria los detalles de su primer cumpleaños en su nueva parroquia: los ocho botellones de vino añejo, la alegría de su corazón y la única vez que incumplió sus votos de castidad. Inmediatamente imagina la carta que escribirá a su obispo, explicando el porqué de su renuncia.

Patricia, por su parte, abraza a Sara, suspira y siente un gran alivio: el Día de los Inocentes ha tenido un buen comienzo.

Historia de Alindor

Era un hombre con bigotes tan grandes que se iba de bruces cada vez que se los mojaba. Su cabello lo arrastraba diez metros tras de él.

Puro harapos y miseria iba camino a la iglesia. “Mírenlo, otra vez el viejo Alindor”, murmuraban las ancianas, devotas fervorosas del templo. Y él, mirándolas, despreciaba su aroma a incienso.

Cada cinco años llegaba para que con sus cabellos y bigotes restauraran las cabelleras y barbas de los santos de la iglesia. Nadie más feliz que el cura. En realidad, en el pueblo todos usaban peluca –veinte años antes una extraña enfermedad les produjo una calvicie general–; de allí los robos frecuentes de pelucas en el templo y por eso la presencia de Alindor: jardinero jubilado que venía del norte, solo para ser rapado y afeitado en el atrio del templo, entre aplausos y vítores que hoy nadie quiere comentar.

Alindor murió ayer, ahorcado en su larga cabellera, lamentando las nuevas disposiciones eclesiales: los santos, a partir de ahora, vendrán con sus cabellos y barbas pintados para facilitar su limpieza.

La mujer del torero

Hay gente que nació triste, sino obsérvenla. Su pelo cubre un rostro temeroso; la incertidumbre rodea unos ojos de cielo serrano que nadie sabe a dónde miran, pero sí lo que buscan.

Juan Alonso, su esposo y famoso torero, ha muerto mirando sus heridas. Y ella –constatando la ingrata noticia–, ha preferido lo mejor: vestir de luces y perseguir a Tauro, quien ha dado muerte –de la forma más humillante– a su segundo marido.

Lo ha encontrado, por fin, después de buscarlo tanto. Metido de hocico en el basural de Los Albergues lo ha ubicado: cansado, bestia negra, con las patas rascando el suelo y la cola de costado.

De una sola estocada, sin dudarle, ha vengado la muerte de Alonso.

Tauro, con la lengua afuera, ha sido reconocido por su propietario, el famoso ganadero Arcángel Soriano, un anciano que después de llorar dos horas ha pedido perdón a la mujer del laureado torero.

—No tenía vacuna antirrábica, linda dama –le ha dicho diez veces, cargando el cuerpo ya sin vida del perro más bravo que en el pueblo había.

LO QUE YO BARMAN OÍ

La peleadora que se atrevió a tanto

Yo las vi, niña. Eran tremendas, les pegaban a todo hombre y mujer que se les antojaba. Con rebenque, con penca. Yo las vi, niña, y en carne propia sentí sus castigos.

Hasta que la gota derramó el vaso.

Entrené duro y me las enfrenté: con cada golpe que les propiné salieron volando. A una por una le di su merecido.

Así es niña, hasta que la cabellera postiza y las polleras prestadas volaron por los aires y descubrieron que quien les había pegado a las tan mentadas pegadoras, era yo: el único boxeador del pueblo que se atrevió a tanto.

Adiós niña, que le vaya bien. Yo me quedo aquí, en medio de los maridos de las pegadoras, más fornidos que gorilas, pero más coquetas que mi mujer.

Despedida

Sr. Dr. Mario Vargas Llosa:

Sabemos que usted es una persona genialmente ocupada. Empero, este e-mail no le debe demorar leer más de un minuto.

Me llaman Pantita. Soy una creación suya y viví hasta ahora en “Pantaleón y las Visitadoras”.

Ahora es mi sepelio y le escribo para darle las gracias por todo. Ha sido un placer haber sido uno de sus personajes.

Pero, sobre todo, le doy gracias por haberme dado la oportunidad de conocer a las visitadoras que lloran a mares al verme así: metido en este féretro rojo y verde, flotando en el río Amazonas rumbo al Atlántico milenario donde viven los personajes eternos.

Un fraternal y último abrazo,

Pantaleón Pantoja, difunto.

(Este texto se lo dicté a Pochita mientras me maquillaba, porque “debes verte bien Pantita, incluso de muerto”).

La grandeza de Poseidón

Los diez mil peces del banco de sardinas huimos despavoridos de las bocas sanguinarias de los predadores gigantes y de los pescadores incansables y sus redes insalvables.

Pero, como Poseidón es grande, una cueva nos permitió refugiarnos.

Demasiada grandeza.

Aquel refugio era la boca grande y oscura de un hambriento tiburón ballena.

CUADERNO DE ALMANAQUERO

Columpio (9 mayo) *Pacomio*

LA rama que colgaba del viejo árbol fue seleccionada para que los niños hiciéramos un columpio. Atamos en lo alto las cuerdas, y una madera sirvió de base: el columpio estaba listo.

Primero se meció Andrés y luego Rosa. Yo fui tercero y disfruté de ese vacío fabuloso que dejaba la sensación de balancearme.

Al final se balanceó Pacomio, intensamente. Pero tanto se balanceó que salió disparado hacia las nubes donde al parecer vive feliz como los truenos. Al parecer, digo, porque hasta el día de hoy no baja.

Soñadora (17octubre) *Ignacio*

ARROJÉ la botella al océano. El pequeño mensaje decía: “Quien halle esta botella que me busque en el arrecife sur de la Isla SS; soy tan bella como una diosa”.

La encontró Ignacio, el acucioso marinero.

Me busco, halló y comprobó mi singular belleza.

No me amó como yo lo había soñado.

Me trajo a este estanque artificial, a llorar sin cesar mi mala suerte de ser una ingenua y soñadora sirena de mar.

Historia de Ciro (5 noviembre) Isabel

CIRO apareció cargando una serpiente de oro: regalo de Isabel, la millonaria que conoció en sueños.

Rosendo lo miró sorprendido.

—¿Para qué Ciro? —le dijo—, si el mundo es ancho y ajeno.

A lo que Rosalía añadió:

—Tú, con una serpiente de oro, Ciro, mientras los perros... hambrientos.

Ligia le increpó el hecho de haber aceptado un duelo de caballeros y, sonriente, Dora le dijo que siempre hay caminos.

Ciro miró de reojo su serpiente de oro y la acarició. Y para sí, antes de alejarse para siempre, dijo en alta voz: ¡Mucha suerte con harto palo!

MICROCUEENTOS

Humildad con garras

Alaín levanta la cara, sudoroso. Terno azul, corbata blanca. Papelito de apuntes en el bolsillo derecho del saco; pañuelo celeste por si hubiera algo que le cause alergia. Mira –no sale de su asombro– a miles de oyentes, asombrados e impacientes.

—Fui paracaidista en el Triángulo de las Bermudas. Enseñé artes marciales en Júpiter y Marte. En Sudamérica luché contra felinos mayores, tigres blancos y rosados, leones de seis patas, sin tener un solo rasguño. En Asia de pantanos y telarañas gigantes me liberé. A oso polar en el desierto del Sahara atrapé. Acompañé al “Ché” en las guerrillas canadienses. Virrey inca en el Perú también fui; secuestrador de secuestradores; amigo de los enemigos de mis amigos. Conductor de la línea catorce del Metro en París. En fin, soldado de la vida; en mi decadencia: astronauta y selector de protones. Premio Nobel de Gastronomía en el año 1926. Ideólogo de la Nada y el Todo, la nueva corriente filosófica mundial –dijo.

Finalmente, agradeció habersele considerado –a viva fuerza– como conferenciante en el I Encuentro Mundial de Mitómanos.

¡Quién lo creyera!, lo que contó nada era con lo que yo pude decirles.

Errar humano es

Sí que era bonita, como una muñequita. Bonita y amable, la cabaretera de quien me enamoré a la primera mirada. ¡Qué andar! ¡Qué ojos! No hubo palabras para describirla a plenitud. Era una diva, un caramelo: agua fresca y limpia en cualquier desierto. Así ella, la más más cabaretera de “El Jardín de las Delicias”.

Era, digo, en pasado, pues ella era él y ya no hablo más.

Disparo imposible

Sabrás, acaso alguien te lo cuente, que esto de cazar lo heredé de mis padres y abuelos. Y sabrás, también, que mi abuela Jacinta fue la mejor: valiente y paciente, más astuta que culebra. Pero lo mío es de no creer. Y te lo cuento por todo lo que me has contado, por la confianza que me has mostrado. Por eso a ti nomás te cuento.

Sucede que estaba cazando en los montes de La Mala Muerte. En eso vi al venado: grande, con cuernos como árboles y ojos atentísimos. Rascaba el suelo y divisaba por todos lados. Entonces, cuando lo tuve en la mira, “¡pum!”, le disparé. Tiro perfecto. Único. Le di, exactamente, en la pata y en la oreja.

¿Que de un solo disparo es imposible darle en la pata y en la oreja? ¡Cómo se ve que en tu vida no has cazado ni una liebre!

Fue en la pata y en la oreja, sí, así como lo escuchas, porque al bendito venado, al momento del disparo, se le ocurrió rascarse la oreja. Si no, ¿cómo crees que sucedió lo que te digo que sucedió?

77 + 7 NANOCUENTOS

Constatación de Guti (48)

El minino que murió esta mañana no tenía siete vidas, sino ocho.

La camioneta que lo atropelló, suerte perra la suya, era una 4x2.

Cuidado (51)

Cuidado con el dueño, había escrito en la pared el inteligentísimo canino.

No hicimos caso y acabamos mordidos por el dueño loco que, como nosotros, se creía perro.

Enfrentamiento (45)

De un camión bajaron cien hombres armados hasta los dientes. De otro descendieron diez y mataron a los cien. ¿Qué pasó? Sencillo: los últimos tenían armas de verdad y los primeros de juguete.

(En el noticiero matutino se habló de confusión: los primeros eran extras e iban al rodaje de una película; los segundos policías persiguiendo secuestradores y sicarios).

MÍNIMOS DE KOKÍN

Lentes (iv)

Me los coloco y el mundo es claro como una mentira.
Me los quito y el mundo es oscuro como una verdad.
Decido perderlos: verdad y mentira es el mundo.
Dos ojos no bastan para ver el Todo.

Jack (xxiv)

—Vayamos por partes –dijo Jack el destripador, mientras cortaba a su primera víctima.

—¿Está usted seguro, Jack? –le dije sin la esperanza de que me escuchara; porque para cuando hablé, yo ya era un alma en pena y su primera víctima descuartizada.

Cuestionamiento (xli)

—El fantasma eres tú –dijo el arriero.

—¿Yo? –contestó el alacrán.

—Sí, tú –refutó el arriero.

—No, no, el fantasma eres tú –afirmó contundente el blanco arácnido a su resignada víctima, tan transparente ya como el veneno mortal que le inyectó.

HISTORIAS HEREDADAS

6 Música para ver

Me llevó casi a la mala al concierto de *Las Nenas del Ritmo*. La música debería ser genial y disfrutaríamos de cada canción.

—Así será, no seas pesimista, papito Nacho.

Y fuimos.

Para mí, que soy un buen músico, era una tortura. Las pobres *Nenas* desentonaban, chillaban; hacían de todo, menos cantar.

—¡Es música para ver, papito Nacho! ¡Qué mujeres! ¡Cómo se mueven! ¡Qué cuerpos, Dios! —decía Rigoberto en alta voz.

Yo casi no las escuchaba por el estridente volumen del sonido.

Pero qué iba a ser música todo eso. No era música ni para oír ni para ver. Menos para ver, porque soy ciego y nada veo; y eso bien lo sabe mi nieto Rigoberto.

11 Tristeza superada

Estaba gorda. Demasiada gorda diría yo.

Cuando intentó cruzar el patio, el sofocante sol la ahogó. Ya estaba muerta cuando cayó de espaldas.

Mi padre no lloró como yo. Sonrió. Sacó luego su daga de ex presidiario y de un solo corte le voló la cabeza.

El caldo que luego tomamos fue tan bueno que olvidé mi pena por la gallina muerta.

40 Modernidad

Gritamos que se iba a caer. Que por amor a Dios bajara. Que podríamos quedarnos huérfanos, que ya era suficiente con no tener padre.

Mi madre rió de buena gana.

—¡Niños ingenuos! –exclamó desde lo alto–. ¡Mi escoba es transparente!

Y saltó al vacío.

Luego rió a carcajadas esa vieja linda, mientras hacía piruetas por los aires: no solo era la mejor bruja del mundo, sino la más enterada de la modernidad y sus increíbles inventos.

ABRAZO DIVINO

I

La séptima puerta interna del Cielo se abrió como fruta celeste.

La legión de ángeles sanadores ingresó: debía facilitarles armas lumínicas de amor.

La Paloma Mensajera, siempre tan preocupada y alborotada, enloqueció con tantas malas noticias y se quedó estática y suspendida en el aire; nadie habló (por breves momentos) de la invasión de los demonios que se produciría aquella noche.

Como Dios, no hice más que mostrarme calmado ante tanta incertidumbre y, con todos adentro, tranquilé la puerta con el quinto rayo que era –desde la época anterior a mi propia creación– el más seguro de los siete que tenía a mi disposición.

II

La hora anochecida llegó. El silencio prolongado que precedió al ataque de los seis mil demonios me hizo temer por nuestras defensas. ¿Podrían ceder?

El ataque se inició con un rito unísono y descomunal. Mis ángeles de la guarda en ningún momento me quitaron la vista de encima y, cuando la puerta principal del Cielo fue derribada, el sonido infernal de las armas demoniacas lo invadió todo.

Desde mi trono –madera de dorado resplandor– contemplé aquel cuadro doloroso que no olvido. Y, por esas cosas irracionales que ni Yo entiendo, solo atiné a tomar fotografías 7D con la cámara que mis hijos de las nuevas galaxias me obsequiaron para registrar mis creaciones.

Entre tanto alboroto fui herido y, mientras mis heridas sanaban por obra y gracia de mi Ser Interior, Satanás se detuvo frente de mí con el fin de eliminarme.

III

Amenazó con calcinarme. Sonreí, que es lo que Satanás más odia; sus ojos derramaron lágrimas de fuego. Le dije que lo perdonaba por lo que estaba haciendo; se sintió herido, no lo pudo disimular: se desesperó y ordenó continuar la ofensiva con mayor furia. Sus demonios clavaron sus espadas de fuego oscuro en los cuerpos de luz y en los mantos sagrados de mis ángeles y arcángeles. Solamente San Miguel, espada de luz en mano, se les enfrentó.

Satanás, tratando de sorprenderme, se abalanzó sobre mí. Me retiré velozmente y, tomándolo de uno de los brazos, lo derribé con la misma fuerza de su impulso. Cayó humillado, pero se incorporó rápidamente y me lanzó furioso una patada frontal. Tomé su pierna y lo lancé con cuidado, luego lo ayudé a incorporarse y a limpiarse de las heridas que las caídas le provocaron. Me dio pena, me compadecí de él: miles de años viviendo de odios habían afectado su cuerpo de mala manera.

Humillado, gritó terriblemente y ordenó la retirada; yo dispuse la resurrección de todos los ángeles y arcángeles muertos por la furia insana del previsible Satanás.

(...)

100 MINIS 7 D / De fantasmas y entes afines

Vuelo de gansos (71)

Como la punta de una flecha perfecta, los quinientos tres gansos surcan veloces el cielo.

—¡Incautos! —les gritamos con cierta envidia.

Luego seguimos danzando alrededor de la laguna, haciendo conjuros como brujos que somos, sin poder volar como aquellos plumíferos que se enamoraron con locura de una moderna avioneta que les lleva muchas nubes de ventaja.

Yo no puedo ruborizarme, porque soy un alma errante de retorno y ellos buenos fantasmas que aún viven en la misma casa donde hace trescientos años fuimos mortales y felices.

En la calle (85)

—Con calma, pasemos la calle con calma.

—Sí apá, eso hago.

—Con calma, con extrema calma.

—Sí apá, con extrema calma, porque ya más de un automóvil nos atropelló y aplastó y no tenemos prisa para ir al trabajo: somos dos almas nuevas en la gran avenida.

—Sí, hijo, por eso te digo, y te lo repito, pasemos la calle con calma, con extrema calma; pues la rapidez ya no nos sirve de nada.

Del reporte (77)

La nave se detuvo frente al cuartel policial. Bajó *Antaurus 5* y entró rápidamente.

De miedo los seres de ley habían huido. Solo había quedado uno que, por temor extremo, yacía estático sobre el piso helado; tenía los veinte ojos azules abiertos de miedo y los diez brazos paralizados. Y ni hablar de sus seis piernas verdes: un solo temblor imparable.

Antaurus 5 sintió piedad de esa criatura policíaca. Lo miró, salió y abordó su nave. Retornó a la Tierra y dejó constancia de aquel suceso ocurrido en el planeta SB01.

(Lo que Antaurus 5 reportó, en el Diario de Robots Avanzados, es la base de lo que aquí se escribió).

ZOOMÍNIMOS

00 DINOSAURIO

(Tyrannosaurus rex)

Dino El Saurio corrió de prisa al ver el fuego que caía sobre el valle.

Esta vez no fue el volcán que había explotado precedido de un ruido ensordecedor. No. Era el cielo que se derretía para tristeza y desesperación de los seres vivos del planeta Tierra.

De un solo salto se metió en la cueva mayor junto a otros que, en otras circunstancias, habrían sido sus indefensas presas.

Una luz inmensa elevó el valle hasta las nubes y los sepultó.

Hasta allí nomás recuerdo, el resto es Paleontología.

40 TRUCHA

(*Salmo trutta L.*)

La trucha Chavela perdió la memoria y se olvidó de nadar.

Por eso la llevaron al cementerio oscuro y circular donde el fuego la purificó antes de ser deleite de un voraz comensal.

65 CULEBRA

(*Natrix maura*)

La culebra se metió discreta en el templo. El cura que la vio entrar, alborotado como era, dijo eufórico:

—¡Satanás ha entrado al templo, hermanos!

Y la mataron a palos.

Quién habría podido decirles que Amaruya era la única serpiente cristiana en todo el valle.

Desde que supimos tan infausto suceso, los reptiles somos –por solidaridad animal y sin remordimientos– totalmente ateos.

INCACUENTOS

Caminante sin camino (Ch 7)

Soy el que soy sin ser nada. Una planta puede ser.
Un respiro de monte muerto. Una estrella fugada de
la leche superior.

Nadie me nombra porque nombre no tengo. Soy
nadie; es decir, soy todo.

Además, sostengo: soy silbido; paso ligero trope-
zado calavera abandonada; hoja de bordes espinosos,
desbordada.

Soy aliento.

Tu aliento, caminante.

Y, por favor, ya no me llames Viento.

Dioses (P 7)

De todos los dioses temo más al de dientes grandes. Es un puma que no es puma y hasta dicen que vive mirándonos como una lagartija gigante.

Mamá nos amenaza con darnos a los sacerdotes para que nos devore si este año no llueve. Nuestros llantos de poco sirven y bien sabemos que no son sólo amenazas.

Portarnos bien y obedecer, no queda más. O huir por el desierto hasta que nuestras huellas se pierdan en la baba espesa del dios felino, quien nos mira y de un zarpazo hace que llueva siete días en el desierto de Paracas.

Ballenas de totora (M 6)

Cabalgamos en el mar sobre seres amigables: ballenas que en otrora se convirtieron en totoras para estar con nosotros en nuestras ciudades de barro.

Hoy nos trajeron mar adentro a pescar; pero no a cazar ballenas, porque ese fue el trato.

Mi padre me enseña cómo lanzar la red y volver sano y salvo a casa, donde mamá prepara la merienda antes de que el padre Sol se hunda en el agua y bromista salga por el otro lado como buen zambullidor que es.

Mañana será lo mismo, y así hasta que un día –sobre el lomo del padre Sol– aprendamos a ser buenos zambullidores como él.

**DE LOS ELEMENTOS / 118 relatos
químicamente desconocidos**

14 **Silicio** (Si)

Cuando Sil tomó conciencia de haber sido creado por Dios, se dio cuenta de que era altamente positivo.

No había peros ni justificaciones que valieran en su trajinar vital.

Caminando un día por los senderos del mundo, reflexionó acerca de la vida y la muerte. Así se hizo samurái y venció a su peor enemigo: él mismo.

La tristeza, una en cien, le viene del dolor humano. Si eso sucede, pasea por playas diversas pensando en lo frágil que es el cuerpo humano, y en lo eterno que puede ser él como el ente electropositivo más cuantioso de la corteza del planeta Tierra.

Al final de la vida, Sil agradece a Dios en silencio y Dios lo escucha quién sabe pensando qué.

35 Bromo (Br)

Irresistible a la mirada de las muzas, ningún nadador como Brom.

Vino del viejo planeta que dejamos. Escondido en la nave nodriza aterrizó con nosotros en la Tierra.

Bajó cauteloso y se escondió en el agua salando algunos lagos.

Es un misterio para los humanos.

Sale cada vez que puede e hipnotiza a las muchachas. Sus ojos rojos brillantes no van con su cuerpo de ángel expatriado.

Ya no podemos retornarlo.

Lo único que hacemos, como sus ángeles guardianes, es seguir sus pasos para que no mate de amor, u odio, a toda terrícola incauta que cree en sus hipnotizadoras palabras.

76 Osmio (Os)

—Sensei, os –dijo con excesivo respeto el instructor mayor al gran maestro Mio So.

El viejo maestro, quien aparecía rara vez en el mundo de las Arte Marciales Metálicas, entró flotando en el aire y se sentó delante de los infinitos alumnos que esperaban su palabra.

Pero el prolongado silencio del maestro desesperó a más de uno, hasta que un asistente preguntó:

—Maestro, se dice que usted es muy venenoso. ¿Eso es verdad?

Mio So miró con ternura a quien preguntó y lo desapareció en el acto.

—Maestro, algunos afirman que sus apariciones tan raras se deben a que usted es extremadamente insondable –dijo otro.

El maestro no habló.

Se hizo polvo.

No volvió.

Los presentes entendieron, por fin, qué era el verdadero zen.

NARRATIVA BREVE

ACTOS & RELATOS

Volver a los Diecisiete

Volver a los diecisiete,
después de vivir un siglo.
(De una canción de Violeta Parra)

CECIBEL enredadera entre mis brazos y nuestro amor un fogón en plena pampa. La luna, más fisgona que otras noches, en su mayor embarazo. Sus senos en mis necesitadas manos y su cremallera más complicada que un laberinto. Su respiración envolviéndose como huracán entre los alborotados sauces...

Es la última noche de la fiesta de San Pedro y los dos amándonos y su abuelo apuntándonos con su fusil a veinte metros de mi corazón desbocado.

—¡Entra Cecibel, o a los dos los mato! –gritó abriendo la ventana de cedro de su vieja casa de campo–. ¡Entra, o a los dos los mato!–. Ella entró corriendo a su casa y su abuelo disparó.

Mis manos arañaron la pampa y, sin pensarlo dos veces, me arrojé rápidamente al río. El anciano disparó tres tiros más, montó su caballo blanco y decidió perseguirme entre eucaliptos, sombras y alfalfares, en la noche más iluminada que recuerde.

Ya no sé ni cómo, pero ajustándome bien los pantalones y arreglándome la camisa fui río abajo hasta alcanzar el pueblo. Y el padre del padre de Cecibel –viejo más fuerte que un roble, de grandes bigotes, jugador de gallos y buen ganadero– a pelo de caballo y bala de Máuser, me persiguió dos horas.

Desesperado llegué a casa de mi buen amigo Juan Vigo, cómplice de mis amores y desamores, y de sus manos comprensión y amistad recibí; amén de ropa limpia, zapatos secos y diez tazas de café que quedaron cortas para narrarle el miedo que sentí cuando las balas besaron mis orejas. Su madre –una mujer de setenta años, más bondadosa que la primera taza de café– dormía plácida en un antiguo sillón que le regalé dos años antes.

Ya casi la aventura estaba concluida cuando unos toques estruendosos en la puerta me hicieron temblar: un presentimiento, una voz del corazón que te pone alerta, un aviso de muerte que te llega bruscamente.

—Adelante tío, ¿qué te trae por aquí? –dijo Juan, abriendo la puerta a un hombre que, aún entre la oscuridad, supe quién era—. Algo grave debe ser... Adelante tío, estás en tu casa.

—Gracias, hijo –le contestó cansado.

Un caballo en la puerta relinchó y el sonido de sus botas y la silueta de su fusil me dieron la razón: el hombre que venía persiguiéndome estaba allí, y yo no tenía más escapatoria ni fuerzas para intentar huir—. Vengo buscando al vago que pretende a mi nieta, y solamente he cabalgado tanto para matarlo.

La madre de Juan había despertado. Saludó al hermano mayor que había llegado de manera intempestiva y acaso notó esa expresión en su rostro que no veía desde hacía quince años, cuando lo vio perseguir y matar, sin titubear, a los tres abigeos más buscados en la región.

—Pasa hermano –le dijo, con gran dulzura—. Ven, te presento a Abelardo, el mejor amigo de mi hijo Juan.

Una mirada entre aquel hombre y yo me produjo un sentimiento de despedida inminente, algo que no he vuelto a sentir jamás. Me volvió a mirar y supe que un hombre a los diecisiete años es un barco de papel en plena tormenta.

—Así que tú eres el mejor amigo de mi sobrino... —me dijo, mientras se sentaba a la mesa y una taza de café le era servida.

—Sí, señor... Me considero un hermano de Juancito.

La noche se oscureció totalmente, el mundo parecía dividirse en millones de pedazos y dentro de mi pecho un vendaval nacía.

—Juana —dijo el abuelo de mi buen y lejano amor Cecibel Soriano Vigo—, ¿de dónde ha salido este jovencito? Míralo, bien limpio, se le nota educado; es jovial, cordial, de buen hablar. Enamorado como este necesita mi Cecibel, no aquel vago que hoy casi mato y de quién no conozco nada, solo que viene por las noches a acostarse en la pampa con mi inocente nieta.

Mi corazón volvió a su lugar. Juan me miraba con ojos de ventana y su madre servía más tazas de café antes de que el abuelo partiera de regreso a su lejana casa de campo, no sin antes invitarme —afablemente y “todo depende de que aproveches tu gran personalidad, jovencito” — a visitarlo al día siguiente para que me presentara a su nieta de quince años que estaba pretendida por un vago que, gracias a San Pedro y a todos los santos del bendito Cielo, era todo lo puesto a mí.

**RETORNO EN TIEMPO REAL
Y SIETE CUENTOS MÁS**

Retorno en tiempo real

DOCE en punto de la mañana. Veinticinco de febrero de un año que sumado da doce y multiplicado cero.

El general Santé Infante ordena apagar el motor del viejo e inmenso Globo Aerostático New Ikarus-3000 y cree tener la misma impresión de la campiña: *verde mar en absoluto reposo extendido a los cuatro puntos cardinales* (verso de mamá Santela).

Ochenta años antes habría sido Karina: un clavel y un beso en sus labios mojados; esta vez un viento helado zumbando en sus orejas y una segunda orden que dar: Baje las maletas Alférez Francisco Saavedra.

—Sí, mi general... Hemos llegado ya. Estamos en Llagamarca.

—Y el alcalde, ¿no ha venido a recibirnos?

—Usted dijo que vendría. Es su primo, ¿verdad?

Santé Infante levanta el cuello de su casaca de cuero, indaga por su bastón de madera y siente la cabeza del halcón caliente como nunca. ¿Sabrá el piloto Saavedra que ahora mi ceguera es irremediable? ¿No fue este gentil oficial quien me obsequió este bastón con cabeza de halcón?

Da los primeros pasos por la pista de aterrizaje y pretende escuchar el motor del gran auto francés que lo deberá llevar a la ciudad. Era tan rojo como un pimentón, piloto; así lo apodábamos: Pimentón, al primer Peugeot de Llagamarca y nunca olvide cogermelo del brazo.

Le parece extraño no percibir el olor de los árboles frutales, la bulla de las piedras rodando en el río y el crujir del viejo puente de madera. Intenta sentir el aire fresco por todos lados y sabe que no es un sueño: ha viajado siete horas desde la pestilente capital de la república y le han parecido siglos. En vano espera algún contacto. Solo el alférez Saavedra acompaña su soledad de bajar y dar los primeros pasos por la extensa planicie amarilla. Tiene el presentimiento, como no lo había sentido antes, de que nadie se habrá enterado de su misión: traer a Llagamarca el título de Ciudad Símbolo de la Heroicidad Entomológica, y, esas son las estrictas órdenes, dárselo personalmente al alcalde.

El cielo no conoce nubes y el recuerdo de la lluvia es algo que escalofría la piel de Santé Infante. Le viene a la memoria los días de carnaval en la casa de campo de su padre: la fiesta de los mayores, el baile final y Karina entre todas las niñas con sus lazos perfectos y sus cabellos rizados tomándole de la mano, el olor de las narices de los becerros, la única tarde en que realmente fue feliz: Hijo, Karina irá contigo a la capital, así lo ha decidido mi hermano.

El Alférez observa el cielo y divisa un arco iris rodeando un sol implacable que le obliga taparse los ojos. ¿La ceguera de mi general será como ese hoyo negro que se ve después de mirar el sol? El silencio le hace pensar en la muerte. ¿Si mi madre estuviera viva habría aceptado esta misión? ¿Si mi novia no fue-

se amante del capitán instructor estaría en esta caja inacabable de tierra amarilla sin saber de qué hablarle a este hombre que es una leyenda viva para mi institución? ¿Tendrá él tanto miedo a la muerte como yo?

Un alacrán pasa entre los zapatos de Santé Infante. Retuerce su cola oscura y se aleja sin prisa rozando las botas del alférez. El sol continúa siendo un chicotazo en sus rostros mientras deciden reposar bajo un árbol copado de ramas secas. Se sacan las botas que hierven, aflojan las correas y el alférez ayuda a sostener la cabeza del general sobre la pequeña mochila que lleva con gran cuidado: Allí están mis objetos personales, alférez. En el silencio de aquella llanura amarilla el leve sonido del viento arrastrando hojas muertas les hace callar por algunos minutos.

—Disculpe alférez, al parecer me quedé dormido.

—No es nada mi general. Este sol no solo quema, sino que invita a dormir.

El alférez Francisco Saavedra ayuda a incorporarse al general Santé Infante y le acomoda los lentes oscuros. Le alcanza el bastón y continúan la forzada caminata con lentitud. Si solo estuviera en la cabina del globo para llamar a la base, si solo hubiera dicho: No señor, y punto. No señor, no puedo acompañar al general Santé Infante a su tierra. No me gustan los vallinos, menos los llagamarquinos; yo soy de Playa Raya, señor, más costeño que los cangrejos.

—Alférez, ¿qué es lo que distingue ahora?

—Mi general, a lo lejos un conjunto de casas —

dice Francisco Saavedra, procurando que los binoculares no resbalen de sus manos sudorosas.

—Seguro que es la ciudad, Alférez.

—Distingo también unas construcciones que parecen iglesias.

—¿A cuánta distancia cree que estemos?

—Como a dos mil quinientos metros, mi general.

—Esa es mi Llagamarca. Lo que ha visto son las iglesias.

—Sí, mi general, deben ser iglesias. Son dos construcciones altas y anchas, mi general. Una se parece a la de la fotografía que vi en la pared más grande de su sala.

—Avancemos, que a este paso llegaremos de noche.

—Sí, mi general.

El cielo no perdona: azul rasgado sobre los cerros que ondean calor, aves oscuras saltando entre los restos de árboles y un camino que hiede a sal y quema sus cuerpos cansados. ¿Será por los químicos que han utilizado para matar a los insectos? ¿Sabrá mi general que el título que le han encomendado darle al alcalde es un saludo a la bandera?

El ruido de un viejo automóvil atrae la atención de los oficiales. El general sonrío, sabe que esta vez no se equivoca: el viejo Peugeot rojo está llegando, alférez.

Un abrazo le hace volver a la vida al general Infante. Su primo lo abraza tan fuerte que sabe que debe estar más viejo de lo que piensa: Nuestros huesos han

sonado como puertas viejas, primo Santé; ya no somos los de antes.

—Primo Alonso —dice el general Santé Infante—, te presento al alférez Francisco Saavedra, mi piloto.

—Mucho gusto, señor alcalde; es un placer conocer al primo de mi general.

—El gusto es mío, alférez. Mi nombre es Alonso Chapilliquén —dice el alcalde—. Qué bueno saber que un glorioso general, que de paso es mi primo, haya llegado a visitarnos para participar en las celebraciones por el centenario de la creación política de Llagamarca. Sean bienvenidos.

El ruido del automóvil es lo único que se percibe en el valle muerto. Santé Infante recuerda a Karina, le vienen imágenes diversas: el juego de las escondidas en la casa de sus padres, el primer día en que la besó y el silencio prolongado de un arrepentimiento que nunca confesaron, los paseos a la laguna Yanapampa —propiedad de unos amigos de sus padres—, la canción aquella —cuya letra nada recuerda— que Karina siempre tarareaba, sus dientes blancos y esa especial forma de preguntarle: ¿Santé, te casarás conmigo algún día? Sí amor, contigo me casaré, aunque seas mi prima hermana. Tendremos muchos hijos: seis, no menos, Santé. Compraremos una casa en el valle para nuestra vejez, Karina, para vivir rodeados de este verde eterno. Haremos... qué no haremos, amor.

—¿Qué pasa primo Santé? Te has quedado como hipnotizado.

—Disculpa, primo Alonso, pensaba en Karina.

—No la olvidas. Han pasado ya treinta años de su muerte y no la olvidas.

—Cambiando de tema, primo, el motor de Pimentón nada se hace, ¿verdad?

—Nada primo, y eso que le doy duro. Aunque mantener un carro de estos, en los actuales momentos, es peor que mantener mujer bonita: gasta más que cualquier cristiano...

El alcalde intenta reír. Santé apenas sonrío e insiste que continúen.

El vehículo avanza hacia el centro de la ciudad y el alférez Saavedra repara en algo: el suelo de Llagamarca, ahora más amarillo que yema de huevo, fue quemado por alguna sustancia. Las calles van pasando y confirma sus sospechas: nadie habita la ciudad; las casas abandonadas –también amarillas por el viento que ha copiado fielmente el color triste del suelo– le parecen habitadas por fantasmas y le producen el mismo miedo que sentía de pequeño en Playa Raya: su padre embriagado gritando a su siempre sumisa madre, ella cogiendo el cuchillo de cocina y él detrás de la puerta, escondido, queriendo morir allí mismo.

—Primo, vuelves de muchísimos años –dice el alcalde, prendiendo un cigarrillo de menta.

—De casi ochenta, primo. No vengo hace casi ochenta años y sé que de Llagamarca solo queda la leyenda de sus grandes culturas prehispánicas y que su verde es caso archivado.

—Cosas de la naturaleza, primo Santé. Los insectos arrasaron el valle, lo notamos solo diez años después de que empezaron a devorar todas las plantas que teníamos. Como ves, ahora todo parece una fotografía antigua. Esos malditos animales se acaban de ir porque ya no hay más vegetales para devorar. Chuparon todo el verde del valle como vampiros y se fueron. Años antes se fue la gente porque nada se podía cultivar: el agua que había en abundancia no podía hacer crecer ningún cultivo y todo lo que era verde se perdió de un rato a otro. Todos se fueron... Yo fui uno de los pocos que se quedaron. Por eso soy alcalde, pues primo, solito me he elegido—. Una carcajada que contagia a todos se pierde en el cielo de Llagamarca.

Un búho pasa alto, se posa en la catedral y se dirige rumbo al sur. El viejo carro recorre lento una ciudad abandonada y el alférez Saavedra piensa que así quedarán las ciudades después de un bombardeo. Intenta imaginarse sobre un avión moderno, bombardeando. Así se verá una ciudad bombardeada, seguro que sí.

—Una vuelta más por la plaza de armas y, como lo puedes sentir, ya estamos parando, primo Santé. Nos hemos detenido en el centro de la mismísima plaza de armas de Llagamarca —dice el alcalde Alonso Chapilliquén—. Ahora sí me disculpas un momentito, porque me muero de curiosidad por saber qué carajo se hicieron los músicos.

El alférez coge las maletas y teme recordarle al general lo que le preocupa: ha dejado el pergamino del título en la cabina del Globo y el general en cualquier momento se lo pedirá.

—Alférez —llama el general Iglesias—, descríbame la plaza de armas. Hágalo lo más exacto posible.

—Sí, mi general. Todo está destruido. Las casas más que las iglesias, que son en número de dos. La más grande es la catedral, ¿verdad? Las pobres están más amarillas que piel de chino y con inscripciones.

—¿Qué dicen alférez?

El alférez Saavedra calla. Santé Infante cree reconocer el sonido de las hojas muertas que arrastra el viento.

—Le dije que me lea lo que dicen esas pintas, alférez.

Por primera vez el Alférez Saavedra duda si es incertidumbre o molestia lo que ve en el rostro del general.

—No le va a gustar, mi general.

—¡Es una orden, alférez!

—¡Sí, mi general! Dicen: “Que muera el general Santé Infante. Los títulos no importan; la vida sí. Viva el pueblo de Llagamarca. No a quien propició el uso indiscriminado de agroquímicos”.

—Acompáñeme a subir a la colina, alférez —dice Santé Infante, intentando no pensar en lo que leyó el alférez Saavedra.

—¡Sí, mi general!

A cuestras, Santé Infante sube por el camino angosto y amarillo que va de la plaza a la cumbre de la colina piramidal donde reposa un santuario de la cultura Mochica. ¿Anhela divisar el verde extenso y compararla con panza de lagartija?

—Hemos llegado mi general, estamos en la cima.

El viento es un panal de abejas en sus orejas. El general suspira. Abre los brazos. Esta vez cree verlo todo: el valle más verde que han visto sus ojos azules sigue siendo verde. Mentira ha sido la muerte del valle y de los incontables frutales, alférez.

—Mentira. Le ordeno decirme que Llagamarca sigue siendo tan verde como siempre. ¡Es una orden: dígalo, alférez!

—¡Es tan verde como una esmeralda, mi general!

—¡Le ordeno que me diga la verdad, alférez, la pura verdad!

—Usted lo sabe, mi general, del valle verde que usted conoció solo queda un inmenso desierto pestilente, y Llagamarca es solamente una ciudad abandonada con un solo habitante: su primo, más loco que una cabra, enamorado de una chatarra azul que usted confunde con Pimentón.

—Quisiera que a continuación describa lo que verá, alférez. ¡Hágalo en voz alta y mirándome a los ojos! ¡En voz alta y mirándome a los ojos, alférez!

—¡Nada que no se haya previsto, mi general! Un anciano general fundador de la Real Fuerza Aerostática Nacional que cumple su último deseo: sacar su

revólver, llevárselo a la sien y dispararse en la pequeña y única colina de su valle que no sé en qué momento fue verde, y seguro recordando que, aparte de haber sido buen piloto de guerra, negoció y permitió, sin estar jamás presente, el riego indiscriminado de insecticidas en los valles del país, entre ellos donde él nació: Llagamarca!

El eco del sonido del disparo se pierde en el cielo de nubes naranjas que empieza a oscurecerse. El alcalde Chapilliquén llega tarde y de prisa y, sin inmutarse, hace una promesa: preparar el funeral como Dios y Llagamarca mandan, y como fue siempre el deseo de Santé Infante: junto a la tumba de su madre, la entomóloga Santela Chapilliquén, en las catacumbas de la catedral, conocida también como iglesia de Santa Lucía, patrona de los ciegos.

El alférez Saavedra, por su parte, sabe que es hora de actuar:

—Tal vez morir de ese modo fue su deseo principal y su última voluntad, mi general —dice en voz baja el sereno alférez, alzando el cuerpo ya sin vida del anciano oficial que antes de llegar se hizo ciego para no ver lo que debería ver.

NOVELA

VENUS BRILLA CUATRO VECES

UNO

Frente al espejo repara en el lunar. Ubica el lápiz y delinea el círculo más perfecto que puede. Cómo me gustaría que ahora me vieras, poeta. Acomoda las mangas sobre sus codos y sale de prisa: acaso alguien, a esa hora, estará en su esquina merodeando.

La calle de ruidos interminables le parece abominable. Las mismas miradas maliciosas de siempre. El anticuchero sin dientes saludándola con respeto. Si supieras a dónde voy. La vendedora de caldo verde deseándole buena suerte. El señor de por lo menos noventa, diciéndole: Preciosa, cómo es. Viejo más arrugado que una pasa, quién te va a hacer caso; sigue, sigue.

Kamela mira la esquina, su esquina, aparentemente sin otra mujer más que ella, y suspira: Esta noche es mi noche. Se frota las manos. Acomoda la cartera. Se asegura que la falda esté a una cuarta sobre sus rodillas, que sus labios tengan ese brillo que tanto les gusta, que la cartera no roce la pared recién pintada; sólo entonces repara en el cigarrillo apagado en su boca. Mierda, no tengo ni fósforos; ni para eso tengo.

Una voz más fina que la de Manolo —aquel menesteroso de Salamanka de quien siempre tuvo compasión— evita que piense en el hombre que ayer le leyó poemas y no le hizo el amor.

—Cuánto flaquita.

—Diez dólares; incluido cuarto.

Prende el cigarrillo en el vendedor de caramelos y avanzan sin mirarse. La misma soledad de la compañía absurda.

— Sólo tengo siete, flaquita.

Cruzan la calle presurosos. Tengo que bañarme con ruda; esto ya no es vida. Miradas que la desvisten. Vendedores de choclos, emoliente y caldo de cabeza de carnero. Lo de siempre en la vereda del Hotel El Amparo de Don Cornelio.

—Y yo que creía que esta era mi noche –dice Kamela intentando sonreír mientras ingresan.

—Quisiera sin condón, flaquita.

—Exigente encima. ¿No sabes que el Sida está en todo lugar? Mejor hazte a la idea de que tendrás que usarlo nomás y no molestes.

El portero sonrío. El viento le pone las piernas de gallina y algo le recuerda que el tiempo es más que oro. Tal vez otro, a esa hora, en su esquina, también la buscará.

—Lo tomas o lo dejas –dice Kamela estirando la mano.

—Es mi primera vez, estoy nervioso.

—Si es tu primera vez, yo soy la Madre Teresa – dice, guardando los siete dólares en la cartera que el poeta le regaló.

Las luces del cuarto número nueve se encienden. La puerta se cierra con discreción y el reloj marca las once en punto de la noche. El portero bosteza, cierra el periódico, eleva el volumen del televisor y piensa que si Kamela no fuese su mujer él no estaría sopor-tando semejante frío.

(...)

FÁTUM INCA

I

EL BARCO ancló en Tumbes con algunos días de retraso: viaje intenso, cielos de agua y estrellas compañeras. Cómo olvidarlo...

Ina María baja por la gran rampa mirando la luna y le parece que, con enormes garras blancas, se aferra al gigantesco aro blanco de su entorno. Mira aterrada el mar y recuerda a su abuela rogándole quedarse en España: «No vayas a Perú, hija mía, no tienes ni idea de cómo están las cosas por allá».

Lo primero que hace al tocar tierra es preguntar por el gobernador. «Ha llegado tarde, señora –le dicen–, ha salido rumbo al sur». «¿Cuándo fue eso? –indaga–. Prometió esperarme». «Antes de ayer, señora; la estuvo esperando, pero dejó un mensaje: que la acompañaran veinte de a caballo en cuanto usted llegara y le dé el encuentro lo antes posible; el gobernador irá lento con la intención de que lo alcance, caso contrario él la esperará en Caxamarca».

Ina María levanta el vestido con gran cuidado, coge el sombrero azul y pregunta por sus aposentos. «Allá, señora, todo está preparado; disculpe al gobernador, pero era urgente su viaje».

La fogata en el centro de la pequeña plaza no evita que sienta frío en sus pies descalzos: «Es de mal augurio bajar a tierra con zapatos, Herminia, y lo sabes bien porque te lo he dicho más de mil veces». Pide de inmediato sus sandalias y es la esclava negra quien se las alcanza de prisa, disculpándose por la demo-

ra en colocárselas. Ina María inquiere por su primo Sebastián, el balletero, y la respuesta le produce esa tristeza a la que casi se ha acostumbrado ante las malas noticias: «Murió el mes pasado, señora los indios le comieron el corazón después de ahogarlo; de él solo guardamos su camal y bacineta».

Ausulta con detenimiento la habitación y la compara con una caverna. La esclava le retira el vestido, los aretes de oro, los adornos de plata y la enagua de tela le es cambiada por una de seda blanca —«Recuerdo de un Jeque árabe, Herminia, ¿recuerdas?»—, la peina con gran esmero y, casi al momento de terminar de colocarle la cinta azul, un caballo se detiene rápidamente cerca de la puerta y relincha en medio del inusual silencio; alguien indaga por ella.

El soldado que custodia el aposento pregunta si puede pasar el visitante. «Un momento, mi señora está indispuesta». «No, no, que pase, que pase, Herminia; debe ser el famoso capitán Alonso Ramírez». «¡Sí!, ¡sí!, que pase quien por mi señora pregunta».

Alonso ingresa agarrado de su almete, la saluda cordialmente y le da el mensaje: «Un honor conocerla, señora... el mayor deseo de nuestro gobernador Francisco Pizarro es que pronto pueda reunirse con usted; la escoltaremos con todos los soldados de a caballo que el gobernador dispuso, además con hombres de a pie y esclavos para la carga». «Gracias, capitán, espero que podamos partir lo antes posible». «Mañana muy temprano deberemos partir, señora, al primer canto del gallo pasaré por usted». El capitán de despide y la

noche deja notar su oscuridad en medio de la blancura que la luna derrama como una leche sobre el nuevo mundo.

«¡Herminia!, ¡Herminia!, debes despertarme antes de que cante el gallo, debemos estar listas para cuando pasen por nosotras». «Sí, señora, antes del canto el gallo la despertaré». «Que así sea Herminia, que así sea; porque el sueño ya me desvanece y la noche me cobijará en sus manos blandas y negras como las tuyas que me acarician para dormir como cuando era niña y me cuidabas». «Sí, señora, mientras su madre reposaba en otra cama; pero de eso mejor ni le hablo, porque ya se queda tan dormida como la luna sobre el incansable mar».

(...)

POESÍA

SOLILOQUIOS DE HOMO SAPIENS

Semáforo

Carabelas en altamar
cascaritas de nuez en bamboleo.

Colón
el teórico del viejo mundo
sumergido en su ardor
rema ideas y planos
pólvora y playas,
nada le importa más que el oro
el oro y el oro.

Enciende luz roja fraternal cacique
que la vida viene muerta
y el sol
el gran sol
se apaga ante lo inminente.

CONTISUYO

La curvatura una idea,
si no basta mirar el norte:
camino recto como fémur.

Mar no es asunto de deseo frustrado,
placer copado de fortuna se torna
necesaria compañía.

Yo Cóndor sobre el mar de Paracas
señor de los cielos, pero tímido
formo parte del litoral festivo.

El suelo
trenza de sol
formas líneas retratos
desde aquí.

(Quien a cabalidad comprenda lo cabal
lo cabalístico resúltale imperfecto).

Con mantos cúbrome
antes de alzar vuelo al Ombligo del Mundo
donde podré contarte todo lo que he visto.

De mí aprendieron los caminos,
de mí los meandros.
Amaru soy corazón,
espanto que al arrastrar te deja

dudas y frustrado canto.

¿Qué de todo lo propuesto
retiene más humedad que mi desconsuelo?

Arrástrome y el arenal es fogata
que al brotar cenizas
sólo deja chispas que fugaces parten
 globitos de fuego cristalizado
 en el horizonte de Nasca
 a quienes llamamos
 naves lenguaje aves
 y no terrestres por convenio.

Dunas y dudas en florcita de desierto:
poema cuando saliva
atragántase en vuelo de aterrizaje forzado.

(Los latidos de mi corazón
son constantes numéricos
que ingeniero preinca retomó de Ancará y Cabana
en cálculos de curvas y pendiente:
escalas y perfectas escuadras).

Una mujer sin más lamento que el desierto
abre su cuerpo a mis garras,
su pelo de luna nueva
labra camino en ríos buscados.

La maternidad problema resuelto

con este camino
 espejismos de cristal
 rocas cuarcíticas en mis ojos
 laberinto aparente de tránsito no pesado.

Amaru amar
u
omitir por propia voluntad
la tragedia de saber que en el Cusco
reposa plácida tu amor
en labios ajenos por venganza.

Camino sin fin parece este Real
y arrastrarse no es asunto de voluntad,
más bien de comodidad y perfección
como Oruri suele decir y maldecir.

¡Oh! Amor de viento fugaz
en el claro lunar no tiembles
que las moreras traen lo que pierdes
y yo llevo lo que dejas tras pinkullos y pututos
 corchea a corchea,
 pentafónicamente.

Noticia

Zihuanatejo. Año 3. Colmado viajero.

Aquí me tienes Anitak
hoy 24 de diciembre de mis 777 tauros
con mis recuerdos de cabeza
y el corazón confundido como manzana entre repollos.
Mi sombra
 lágrima robada
deviene en derramada tinta frente al alacrán dormido.

Recordándote vivo y vuelvo a vivir
ahogando el canto en la espera
 el regalo clandestino reposa.

El viajero rechazado guarda su posada
y el hombre gastado en gruesa gotera escribe.

Aquí detengo mi latido sagrado
para que nadie pase de costado
y enero tenga nuevo año y treintaiún morrales
y yo tacos con chiles,
tequila y buen viaje.

PLANETARIO ASTRAL

Trilogía

Saturno una siesta.
Grande como se lo ve
es mástil que ojerosos niños
se resisten ver caer.

Llegamos por casualidad a divertirnos acá.
Mamá como siempre, cuándo no,
 llamándonos
 discretamente a merendar
flores raras prefiere recoger
y sentarse a divisar Pacha
y su mala infancia pregonar.

No me explico...
papá y sus frágiles yuntas
 de papel cebolla
 para ser exactos
sostiene yugo y pesar ajeno.
Del entorno se preocupa
 entrando a templo azul
 o a diván más próximo
 que bien conoce él
y arcángel timorato preocupado sueña ser.

Mamá y papá alzan vuelo hoy.
En el centro de ellos yo
de sus manos sostenido.

La felicidad:
alivio de muertos
y apuro de inocentes
en mi robusta fiebre de 40.

E-mail in prontus

Desnudo en bañera de cinco por tres
me veo desde arriba
 advierto que el mar viene
 como bofetada inesperada y certera.

Entras a mi cuerpo de canguro
y te llevo rápido a la estepa inmensa.
Bajo árbol de frutos redondos
y dorados
te dejo
 cualquier lugar
 es útil para saber mostrar
 lo peor de mí
 a tu saliva que no existe.

Mi mano diestra gira a estribor
y domina la tormenta
 la meteorología
 ciencia inexacta como temía.

Vira a babor.
Acomoda el cuello del viejo tiburón.
Mira Venus.
Escorpio distraído finge no mirar
 seguro no le debo
gira el timón con firmeza
y aparece una ballena
 en realidad

se trata de una pintura
y el mar se hace
tan blanco como mis ojos.

Resumiendo,
si alguna vez mi soledad,
o mi locura, te conmovieran
al punto de pretender volver,
a escondidas solo escribirme a:
amor@otraveznotardestanto.com.

Propiedad elemental

No tenía más casa que mi cuerpo
al que sin embargo
con pésimo cuidado llevaba
por calles espantadas de orgasmos.

Era un cuerpo soldado de señas.
Poseía un rostro fatalmente conocido
por sus propios y apurados pasos
—¿Y esa cara? —habría dicho Patricia
abrazada en blanco lazo.

No tenía más casa que mi cuerpo.
Caminaba laderas
y fermentados frutos;
pacientemente
bebía sangre de murciélago
y de mujeres eternas se nutría.

Temprano supe
que algún día se derrumbaría
“Es un cuerpo
después de todo,
solo un cuerpo”,
pensaba entonces callado.
piel de adobe caería
sin más cariño que lomo de gato,
y sin decir nada a nadie
iría antes

como otros antes
a estancarse en barrio marginal,
a rosa elegante si habría,
a buen trabajo si quería
o a singular flor de cementerio
bajo su sombra levantado
tan muerto
como monumento
a la patria paria o al fallido hogar.

MEMORIA DEL YO HABITANTE

XII

Esperarte es lo mismo que esperar que aparezca el fantasma de la nada. (Consciente soy de la falta que me hace tu ave viajera, tus planetas en formación perfecta).

Empero, mi aire nocturno tiene su calle y su juego errante y su bulla propia que te nombra su princesa. De allí que no es fácil entonar el cántico solemne de tu historia, pues la calma no se relaciona con tu discreta tormenta.

Así es mi buen amor, aunque solo existes en mis manos encanta-das, en mi mente alborotada, en mi noche astral y llorosa, permí-teme reinventarte y guardarte bajo mi batán sagrado para así (historia, al fin y al cabo) cantar en tu voz el mejor poema a la pareja perfecta que no existe.

VI

Tus cabellos
el viento oscuro en caída libre
hacia mi pueblo nocturno.

El humus liberado
de manos del esclavo,
transformado luego
en toro de lidia suelto en plaza
o dentro de mis manos cerradas.

La manta de alas de murciélago
adornada con flores de amarillo intenso.

Mi tejido favorito
hecho a lengua y diente
y con los ojos cerrados.

III

Tus caderas
los manantiales donde mis manos
refrescan sus yemas felices
y mortales.

El tronco para mi salvación
en el día del adiós por siempre
y su hora final aguardando mi partida.

El árbol donde cierro mis ramas
y doy mi fruto
para sostener mi pecho abierto
por tu aliento.

Mi viento cóncavo
donde juego a ser niño
sin caerme en el insondable
mar de tu piel eterna.

HAIKUS DE KOKÍN

47

Huye la piedra
¿Qué necesita el río?
Mis pies se quedan.

41

Contempla el viento;
puedes, mudo fantasma.
Todos te vemos.

96

22

Leo el mensaje:
qué ancho es el camino,
huellas no caben.

TERRUÑO COLOR

AL FILO DE LA VIDA

Andando en este cielo
fácil resulta tocar el mentón de la muerte.
Contar historias es lo nuestro
en tanto mirar abajo es frío intenso
(recuerdos que mencionar no queremos).

Caminemos sin mirar los pasos que dejamos
pues la distancia acortar podría la existencia nuestra.

VUELTA

El hombre vuelve a lo que es en esencia
y los seres que lo aman así lo entienden.
Ninguna canción seca una sola lágrima,
pues el partir desgarrar el pecho y aniquila la alegría.
Volver a Dios es lo que aspira el fantasma y el agua.

Que el mundo festeje a quienes parten
y anime a quienes quedan. Esa es la única existencia.

MAESTRA VIDA

Largo se hace el paso si el contrapaso pesa
lo que la vida enseña a ver en hojas de coca tierna.
Muestra el camino la soledad que acompaña los
/designios:
peligro y desnudez no es para seres de este mundo,
sino para quienes, sabiéndose dioses, crean rutas a
/seguir.

Cada ropaje cuesta estrellas que no caen
si y solo si las casas que no esperan aprenden a dar
/los primeros pasos.

Muestrario

MINIFICCIÓN	3
LOS ESCRITOS DEL OIDOR	4
LO QUE YO BARMAN OÍ	8
CUADERNO DE ALMANAQUERO	12
MICROCUENTOS	16
77 + 7 NANOCUENTOS	20
MÍNIMOS DE KOKÍN	24
HISTORIAS HEREDADAS	28
ABRAZO DIVINO	32
100 MINIS 7 D / De fantasmas y entes afines	36
ZOOMÍNIMOS	40
INCACUENTOS	44
DE LOS ELEMENTOS / 118 relatos químicamente desconocidos	48
NARRATIVA BREVE	52
ACTOS & RELATOS	53
RETORNO EN TIEMPO REAL Y SIETE CUENTOS MÁS	57
NOVELA	68
VENUS BRILLA CUATRO VECES	69
FÁTUM INCA	72
POESÍA	76
SOLILOQUIOS DE HOMO SAPIENS	77
PLANETARIO ASTRAL	83
MEMORIA DEL YO HABITANTE	90
HAIKUS DE KOKÍN	96
TERRUÑO COLOR	98

MUESTRARIO de *William Guillén Padilla*, se editó
en **Sumeria**. Textos extraídos de **Amazon.com**,
con registros en la Biblioteca Nacional del Perú e
INDECOPI.
Edición gratuita, 2016.



William Guillén Padilla
Escritor, editor, fotógrafo,
y promotor cultural
peruano.